

«Yo no he cambiado ni Alianza Popular ha cambiado. Yo soy el mismo de la ley de Prensa, soy el mismo que inició la reforma política en el primer Gobierno de la Monarquía, el que comió con líderes de la oposición cuando nadie lo hacía y he continuado en mi línea de siempre...»

—Pero antes de las elecciones decía usted que no se iba a hablar con Carrillo, o, al menos, eso le atribuyen...

—Yo nunca he dicho eso. Eso es una estupidez. Yo lo que dije es que no pensaba llegar a acuerdos políticos de fondo con los comunistas, pero otra cosa es, naturalmente, la cortesía parlamentaria. No me venga usted con cuentos. Yo sigo siendo tan antimarxista como siempre. Cualquiera que lea mis artículos sabe que no he cambiado una sola línea, y todo lo demás son ganas de buscarle tres pies al gato. Lo que pasa es que, justamente, el antimarxismo inteligente se hace, en mi opinión, como yo lo hago: escribiendo buenos artículos y jugando a la vez correctamente dentro de las reglas parlamentarias.

A las cinco de la tarde, en la planta tercera del edificio de Alianza Popular, donde Fraga tiene su despacho, se detecta un especial ajeteo de teléfonos y movimiento de personal. El secretario general de Alianza Popular no para. A las cinco de la tarde tenemos la cita con él para hablar, precisamente, sobre «la nueva imagen» de Alianza Popular, y a la hora en punto nos recibe en un despacho funcional en el que destaca una fotografía en color del mitin de las Ventas, con el que Alianza cerró su campaña electoral.

Fraga, tan vehemente como siempre, mantiene —ante repetidas y machaconas insistencias en las preguntas por parte del periodista— que ni él ni su partido han cambiado, que ahí están los programas y su biografía (y entra en el periodo de la obra de Octavio Cabezas «Manuel Fraga, semblanza de un hombre de Estado» y un «perfil humano» realizado por el hoy centrista Carlos Sentís).

«Yo no estoy cambiando de imagen —afirma—. Estoy restableciendo la mía, la de siempre. Ahora, si yo le pinto a usted un retrato de negro y usted limpia su retrato, usted no está cambiando su imagen, está restableciéndola. Lo que ha habido son calumnias, injurias y absolutas mentiras sobre Alianza Popular.»

—Sin embargo, esa «recuperación de imagen» parece que ha producido algunas fisuras en Alianza Popular, concretamente en lo que podría denominarse sector más derechista de UNE.

—Bueno, Alianza Popular es un partido claramente centro-derecha, claramente no ultra y es muy posible, por ejemplo, que las personas que se presentaron con correa y alborotando en la asamblea de UNE no lo vean de esta manera. Lo que sucedió el pasado fin de semana en la asamblea de UNE fue un incidente de orden público, unos señores que se presentaron allí a alborotar y con fines muy concretos. Pero es posible que algunas personas, pocas estén en esa actitud y, evidentemente, esas personas no están en Alianza Popular, que es un partido de orden, no ultra, democrático y con visión de futuro. No hay que dar importancia a lo que no tiene tanta. En cualquier reunión de cualquier grupo pueden entrar unos señores a alborotar. Pero si usted me pregunta sobre la cohesión y unidad en Alianza Popular puedo decirle que es total. Y punto. Yo viajé mucho por provincias y puedo constatar cómo la adhesión a la línea de Alianza Popular que, como le digo no



MANUEL FRAGA y la «nueva imagen» de Alianza Popular

ha cambiado, sigue siendo la misma, es total. Lo que se nos pide es que se cumpla esa línea, que es la de siempre, la que tenemos en los programas, aunque se haya visto desfigurada por ciertas campañas. Y, en ese sentido, nosotros estamos cumpliendo la línea de siempre, que, naturalmente, es distinta a la que una cierta campaña de Prensa nos ha atribuido.

—Sin embargo, la opinión pública digamos que detecta un menor distanciamiento físico de posiciones ideológicas que antes de las elecciones aparecían públicamente también como más opuestas. ¿Cree usted que es posible un mayor acercamiento entre ideologías?

—En toda época ha habido una aproximación de contrarios y, luego, han surgido nuevas contradicciones. Este no es un fenómeno nuevo, y es evidente que entre posiciones socialistas puras y capitalistas puras ha aparecido la socialdemocracia por una parte, y la aceptación de política social, por otra. El problema está en hasta dónde puede llegar esa aproximación. En muchos países de Europa ha ocurrido que los partidos que se turnan en el poder se han acercado tanto que han excluido a los extremos; en otros casos, la síntesis podría producirse de diferente manera. Eso es justamente lo que yo defiendo: que es necesario por parte de grupos socialistas diversos su renuncia a posiciones revolucionarias, renun-

cia a etapas tales como «dictadura del proletariado» y otras semejantes y el acercamiento a fórmulas socialdemócratas. Si hemos llegado o no a ese punto en España es algo que está por ver, pero no podemos prejuzgar que eso no ocurra. Creo que es posible buscar aproximaciones entre las personas, manteniendo al mismo tiempo una actitud muy vigilante sobre cuáles son las verdaderas intenciones de esos grupos.

—Hablemos sobre eurocomunismo...

—Yo lo que no veo —dice Fraga, mientras juguetea con el cordón del teléfono— es una gran diferencia, a mi juicio, en cuál sea el método para llegar al Poder por parte del comunismo, pues el resultado sería muy parecido. Si llegó al Poder en Europa oriental por la fuerza, y en Europa occidental lo hiciera por la democracia, ya digo que el resultado sería muy parecido. Y lo digo precisamente basándome en textos de Carrillo, de cuya obra se han citado sólo sus

- «El antimarxismo inteligente se hace como yo lo hago»
- «Somos un partido claramente de centro-derecha y democrático y no ultra»

críticas a la URSS, pero no otras cuestiones, como sobre el control total del Estado mediante el uso de la infiltración y otros métodos. Por eso yo no veo una diferencia fundamental. Y, por supuesto, es en Carrillo, también en su conferencia del Club Siglo XXI ha dejado muy claro que él no busca la socialdemocracia, sino una cosa muy distinta. Ahora, eso no impide que la cuestión euro-

## DIALOGOS FIN DE SEMANA

comunista deba ser estudiada con interés. Hay quien dice que ustedes no firmaron el acuerdo político de la Moncloa porque no quieren que se democratice el orden público; y si estamos en una sociedad democrática y AP se define como democrática, parece lógico que la democratización llegue a todos los niveles.

—No sólo nadie discute eso, sino que la democratización del orden público se ha logrado desde el momento en que el Gobierno es responsable ante las Cortes. Pero una cosa es el control del Gobierno y otra cosa es, por ejemplo, la democratización de la Guardia Civil. Usted puede hacer democrático al Estado, pero no a cada una de sus partes. Si se hace electivos a los jueces o a los profesores, lo que se está haciendo no es la democratización, sino la destrucción de la justicia y de la enseñanza. En cambio, los ministros de Justicia e Educación sí que tienen que ser responsables de su labor. En Inglaterra, los jueces no se eligen. La democracia es una cosa y el desmonte de instituciones que tienen que ser por naturaleza jerárquicas es otra. ¿Puede ser electivo el padre de familia? No puede. Pero, en cambio, la familia puede estar sometida a controles para que no sea la vieja familia romana, en la que el padre tenía derecho a matar a los hi-

jos; pero eso no quiere decir que los hijos puedan elegir al padre. En ningún país del mundo el orden público es ninguna democracia. En USA, el director del FBI lo elige el presidente. Del orden público tiene que ser responsable el Gobierno, pero no el sargento de la Guardia Civil de tal sitio... La democracia se por arriba. Justamente. Es evidente —y me insistamos más sobre el tema— que la reforma de la ley de Orden Público, Poligrasid Social, etcétera, debilitan al Estado. Esto es evidente. Ha habido un líder político, creo que socialista, que ha dicho que precisamente firmaba los acuerdos económicos porque las otras leyes iban a desmontar el franquismo. Si donde dice franquismo pone usted Estado, pues estamos diciendo lo mismo...

—¿Y cuál es ahora su relación con UCD o cuáles van a ser sus relaciones con UCD cuando ésta celebre su congreso?

—¿Cómo sabemos lo que va a ser UCD, es difícil que podamos hacer planteamientos. Hoy UCD

es el partido gubernamental, formado por una coalición de cosas que son completamente distintas y, de momento, preguntale usted a UCD. Yo sólo puedo decir, como ha dicho hace poco Federico Silva, que una gran parte de las fuerzas que hay en UCD están puras y simplemente engañadas. Esperemos que salgan pronto de su engaño y vuelvan a su sitio. Allí nos encontraremos.

—El 20 de noviembre se cumplen dos años desde la muerte de Franco. ¿Cómo analiza usted esta etapa?

—Estos años se dividen en tres periodos que no pueden ser enjuiciados de modo igual. El tercer periodo no sabemos cómo va a terminar, aunque, desgraciadamente, los comienzos no son muy buenos. Por otra parte, hay una diferencia fundamental entre el primer y el segundo Gobierno de la Monarquía. El primero intentó la reforma, y el segundo, para mí sin sentido alguno, la ruptura. La historia juzgará. De todos modos, estos dos años eran bastante previsibles, de una forma u otra. En ellos, la sociedad española, enriquecida profundamente por el desarrollo económico, estabilizada por largos años de paz, más culta, evidentemente ha funcionado, y lo que es lamentable es que no se hayan utilizado mejor esas posibilidades. Creo que la política del primer Gobierno de la

Monarquía fue mucho más fecunda y prudente que la del segundo. Esto lo he mantenido y lo mantendré siempre. Ahora bien, estos dos años han demostrado que la sociedad española es más sólida que la del año treinta y uno, que en pocas semanas se desintegró.

Fraga, que contesta a las preguntas a velocidad de ametralladora, que se levanta y le regala al periodista sus biografías, tan lentamente y casi expeditivo cuando el periodista, por obligación, se vuelve pasado con los temas que están en la calle, es, evidentemente y como él insiste en remarcar, el mismo. «Estamos donde estamos y no donde algunos quisieran que estuviéramos», nos dice cuando nos despedimos. Y una última reprimenda: «Ha estado usted obsesionado en toda la entrevista con lo del cambio de imagen», nos dice. «Pues no hemos cambiado». Vale.

Marcial HERNANDEZ (Fotos Raúl CANCIO)

# YO NO HE CAMBIADO